

Katharine Tynan

Mauryeen

Traducción de
*Camila Gambardella**
Universidad del Salvador
Argentina

Nunca hubo en la isla queja alguna sobre la hija de Con Daly. Con era muy querido —Dios lo tenga en la gloria— aunque el hombre se ahogó hace al menos veinte años. Una vieja y trágica historia cuenta ese hecho: que se había ofrecido a nadar con una sogá atada a la cintura, hasta una nave que se hundía a unos metros de las rocas en un mar que no podría alimentar ni un alcastraz. Se abrió paso entre los hombres que protestaban revelando a la luz de la luna un rostro espectral.

—Quédense aquí —gritó— y si fracaso, cuiden a mi pequeña.

Él era el hombre más fuerte en toda la isla y se sentía tan a gusto en el agua como una marsopa. Podían ver cómo las olas golpeaban su cabeza estilizada una y otra vez; cómo sus anchos hombros luchaban contra el peso de la tormenta. De repente, la sogá en las manos de los hombres se sintió liviana —luego dijeron que se había cortado con la punta afilada de una roca— y el hombre desapareció. Unos días después, el mar arrojó su cuerpo maltrecho en la playa, en aquellas costas que las mujeres de la ciudad solían frecuentar. Lo enterraron con algunos de los marineros que había intentado salvar mientras los pescadores colocaron una cruz de hierro en su tumba. Pero por mucho tiempo se dijo que el hombre había partido con gusto, como si hubiese preferido la muerte a la vida, aunque nunca estuvieron seguros de si ese rumor era cierto.

Antes de la tragedia, los isleños miraban con recelo a Ellen Daly, la esposa de Con, aunque para él era la luz de sus ojos. Cuando conoció al que poco después sería su esposo, trabajaba como criada en la ciudad y parecía no tener ningún amigo. De joven había sido atractiva, al menos eso pensaban algunos, pero había mujeres en la isla que decían no poder soportar su rostro pálido, su sonrisa irónica y sus ojos, que, cuando se enfurecía, se tornaban tan verdes como los de un gato. Sin embargo, nunca intentó con-

* Traductora Científico-Literaria por la Universidad del Salvador. Actualmente se desempeña profesionalmente en Productos Roche S.A.iE.

graciarse con ellas: le alcanzaba que los hombres la admiraran. Cuando quería, lograba ser fascinante. Había convencido a la señora Wilkinson, la ama de llaves del ayuntamiento, de que la llamara cada vez que su señoría organizaba una reunión y necesitaban una sirvienta adicional. Era hábil y astuta, y podía ser sugerente cuando le convenía. Pero como nunca deseó la amistad de las mujeres de la isla, cuando Con Daly se ahogó, ninguna de las esposas de los pescadores la visitó en esa casa desolada. Su atractivo se desvaneció con el pasar de los años. Su tez se tornó cetrina y un borde rojizo apareció alrededor de sus malévolos ojos verdes, mientras que sus labios se secaron y afinaron, y dibujaron en su rostro una mueca más amenazante y amargada que la que tenía cuando eran carnosos y rubicundos.

Los vecinos eran amables a escondidas con la pequeña hija de Con. Aquellos fueron días largos en su infancia, cuando su madre trabajaba en el ayuntamiento y la niña quedaba encerrada en la cabaña vacía; pero muchas eran las palabras dulces que, desde la ventana, le hacían llegar las mujeres que caminaban por allí. De vez en cuando, también le dejaban panqueques o algún dulce mientras ella permanecía sentada, aburrida y solitaria, en su pequeño taburete.

¡Pobre niña, Mauryeen! Era una pequeña muy sociable, y con frecuencia solía preguntarse durante aquellas horas solitarias por qué no estaba afuera con el resto de los niños, jugando en las grietas de las rocas o juntando berberechos o bailando en ronda al son de «*Green Gravel*» o jugando al puente. Su madre desalentaba fríamente cualquier amistad con los niños de sus enemigos, y la pequeña Mauryeen creció para convertirse en una niña callada, con un aire más delicado y refinado que el del resto de los niños, como si, de alguna manera, fuera ya una pequeña dama.

Pero Mauryeen, como buena hija de su madre, también tenía carácter. Al pasar de la niñez a la adolescencia, comenzó a hacerse valer, y aunque su madre se esforzó en quebrar su espíritu, no lo consiguió. Luego de un tiempo, la madre se dio cuenta de que era algo que no había previsto y que debía rendirse, ya que no podía luchar contra eso. Sin embargo, odiaba a la niña que no podía controlar; la odiaba con tanta rabia, que el brillo de sus ojos cuando la miraba desde la chimenea, era, la mayoría de las veces, asesino. Con el tiempo y de a poco, Mauryeen se hizo amiga de todo el pueblo pesquero.

Aunque se hacía valer, la niña cumplía sus tareas con audacia y humildad. Cualquier madre en la isla hubiese estado orgullosa de Mauryeen. Cuando su madre trabajaba en el ayuntamiento, Mauryeen se encargaba de la casa, y luego de limpiar y ordenar todo, se sentaba bajo el sol a tejer hasta que Ellen Daly llegaba y encontraba una cena deliciosa esperándola. La

única cualidad que tenía la mujer era que siempre había sido una buena ama de casa, y la niña se le asemejaba en este aspecto. Cuando la madre estaba en la casa, Mauryeen se sentaba a coser en la colina donde se encontraban las viviendas más ostentosas; y la casa se mantenía limpia y cómoda, aunque inundada por un odio sobrenatural que emanaba de la mujer sentada junto a la chimenea.

Los vecinos se compadecían de Mauryeen y la elogiaban aún más. Solían preguntarse cuánto tiempo duraría esa enemistad silenciosa entre madre e hija, en especial ya que Mauryeen era tan astuta y capaz que podría unirse al grupo de mucamas de la señora Wilkinson con solo pedírselo.

Mientras tanto, la niña crecía felizmente, como si viviera en el resplandor mismo del amor, en lugar de ese ambiente maligno. Veía poco a su madre. Eran escasas las horas en las que estaban bajo el mismo techo; y cruzando el umbral, Mauryeen encontraba abundante bondad y elogios. Era pequeña y elegante, y tenía la piel ligeramente oliva que había caracterizado a su madre en su mejor época. Pero los ojos azules de Mauryeen eran amables, sus labios sonreían y su suave voz era delicada; tenía una forma bonita de engalanarse que las chicas pescadoras nunca podían conseguir. Con su vestido rosa de algodón y un ramillete de algas marrones en el cinturón, Mauryeen podría haber pasado por una de las jóvenes que visitaban el ayuntamiento. Si las otras muchachas copiaban los bonitos trucos de decoración de Mauryeen, solo portaban los aires insípidos de un mero copista. Pero nadie resentía su encanto; Mauryeen era muy dulce y amable, y siempre llevaba consigo la tragedia de esa madre horrorosa, que hacía que otros se compadeciesen de ella. Además, parecía estar siempre tan interesada por que las otras muchachas se vieran bien y tan dispuesta a esforzarse para lograr ese fin, que nadie podía sentir envidia de su belleza.

Luego llegó el momento en el que un joven de la Isla —Randal Burke era su nombre— le declaró a Mauryeen que su voz podía persuadir a los pájaros para que bajaran de los árboles y que cuando ella escuchaba, su cabeza era como la del ave más hermosa, toda cubierta de plumas doradas. De hecho, ella tenía una forma de escuchar muy bonita: con la cabeza inclinada hacia un lado y los ojos brillantes y atentos. Mauryeen estaba acostumbrada a los cumplidos y, por lo general, podía mantener la compostura frente a pequeñas muestras de afecto; sin embargo, fue notable cómo empalideció ante las palabras de Randal Burke. Siempre empalidecía en situaciones en las que otras se habrían ruborizado.

El cortejo de Mauryeen fue rápido y repentino. El joven era bastante independiente, ya que era dueño de algunas tierras con una cabaña y de un bote. Su madre era una de las mujeres más prósperas de la Isla y había sido,

en tiempos pasados, la enemiga más acérrima de Ellen Daly. Sin embargo, y a pesar de todo, recibió a Mauryeen con ternura, como si fuera una hija.

Hubo un terrible alboroto cuando Mauryeen le contó a su madre sus intenciones. Enfureció tanto que Mauryeen, a pesar de su valentía, se sintió atemorizada, y esto la hizo titubear. La vieja mujer gritó y se ahogó con el torbellino de pasión que la poseía. Tan pronto como pudo volver a hablar, dijo con desprecio:

—Te maldeciré el día que te cases con él; a ti, a él, a tu casa, a tu matrimonio y a cada hijo que tengas.

La furia dentro de Mauryeen aumentó y la movilizó, también como un torbellino, pero expulsando el miedo.

—Y si lo haces, mujer malvada —dijo—, no será a mí a quien dañes. ¿Crees que Dios escuchará a alguien como tú o que permitirá que tu maldición me dañe a mí y a mi familia?

Por un par de días, luego de la rebeldía de Mauryeen, su madre caviló en silencio, y solo de vez en cuando le mostraba esos terribles ojos verdes a su hija. No intercambiaron palabras y mientras tanto, Randal Burke adelantaba los preparativos para el casamiento con todos los medios a su alcance. El padre Tiernay los había anunciado en la misa matutina tres domingos. Estaba muy contento con el matrimonio. Mauryeen era uno de los más tiernos corderos de su rebaño; y él desconfiaba y aborrecía a la madre.

Era el día del festín anual en la Isla; un hermoso, brillante y soleado día de junio. En una meseta, los hombres jugaban en equipos al *hurling*¹ y lanzaban la bala. En medio de la alegría y la risa, había un juego de tira de sogas para hombres casados contra solteros y después de ellos, para las mujeres. Por encima de la meseta, la colina se inclinaba y esa pendiente larga y soleada era el lugar desde donde las muchachas y mujeres observaban la destreza de los hombres. Durante ese día, cada año, había un picnic en la colina. Se comía, se bebía y se pasaba el largo día afuera, hasta que el rocío caía sobre la hierba.

Uno de los eventos era un concurso de remo y el curso estaba justo debajo de la cuesta. Cada año, el padre Tiernay daba dinero como premio al ganador y la distinción en sí misma era apasionadamente codiciada. Randal Burke estaba remando contra otro joven pescador, y era difícil predecir quién ganaría: ambos eran muy fuertes, tenían vasta experiencia y estaban ávidos de triunfo.

1. Deporte de origen celta. [N. de la T.]

La carrera ya había comenzado y las personas en la ladera, de pie, miraban con emoción los botes, que estaban casi empatados. Mauryeen estaba parada al lado de la madre de Randal; con una mano se agarraba infantilmente de su brazo y con la otra se protegía los ojos del brillante sol. De repente, el público se asustó al oír el sonido de pies corriendo. Todos miraron hacia la misma dirección y vieron a la madre de Mauryeen aproximarse sin gorro ni capa, reflejando pasión en su rostro y apretando las manos. Las personas retrocedieron ante ella. Tenía una reputación siniestra, y durante unos minutos pensaron que se había vuelto loca. Mauryeen, que no retrocedió como los demás, quedó parada en el centro de un espacio vacío, mientras que su madre jadeaba ante ella, esforzándose por hablar. Todas las mujeres que se encontraban detrás se apretaban unas contra otras y se asomaban sobre los hombros de sus vecinas, medio asustadas, medio curiosas.

Finalmente, la mujer recuperó el aliento. Apuntó con un dedo cetrino a Mauryeen, que estaba parada frente a su madre, con la cabeza orgullosamente en alto y los ojos llenos de asombro y audacia.

—¡Mírenla! —gritó la mujer vieja y fea—. Todos ustedes y tú, Kate Burke, que alardeas de que tu familia es la más antigua en la Isla. ¡Mírenla bien! Ah, ¡la buena y ancestral sangre! Mírenla, pues su sangre es aún más antigua. ¿Acaso ven algo de Con Daly en ella?

La muchacha miró a su alrededor con una triste sensación de estar expuesta al desprecio público, pero las mujeres se apiñaban entre ellas y el miedo impedía que cualquiera se pusiera de su lado.

—¡Mírenla! —gritó una vez más con la voz ronca—. ¿Acaso saben de dónde sacó el orgullo y el valor para desafiarme? Lo heredó de su padre, el viejo señor. Con Daly no tuvo nada que ver con ella.

Se oyó un grito que nunca antes se había oído en la Isla. Provenía de los labios de Mauryeen y sonaba como si le estuvieran destrozando el cuerpo y el alma. Con ese grito, arrojó los brazos sobre la cabeza. El pequeño grupo, cerrándose alrededor de ella, atemorizado, la vio caer al suelo boca abajo. Pero con un movimiento desenfrenado de sus brazos, como si apartara al mundo entero de su camino, huyó colina abajo hacia el pueblo. Ellen Daly había desaparecido. Nadie la había visto partir. Y abajo, en la bahía danzante a los pies de la colina, Randal Burke sobrepasó orgulloso a su oponente y ganó la carrera.

Mientras tanto, la muchacha había huido y seguía corriendo, guiada solo por el instinto de ocultar su desgracia. El pueblo estaba vacío, a excep-

ción de los enfermos y los postrados en cama. No había nadie que pudiera ver a Mauryeen Daly mientras pasaba a toda prisa frente a las puertas abiertas. Con un instinto mecánico, entró a la casa de su madre. Luego de la deslumbrante luz de afuera, la fría oscuridad de la casa era un alivio. Cerró la puerta y la obstruyó. Se dirigió a la habitación que estaba al lado de la cocina, su dormitorio, en donde había una imagen de la Virgen de los Dolores con siete espadas clavadas en el corazón. Se dejó caer ante el cuadro con un gemido inarticulado.

Permaneció allí, medio inconsciente, sintiendo solo su desdicha. En la pared colgaba el vestido azul de cachemir que había planeado usar para casarse en un par de días. En una caja sobre la cómoda estaba la pequeña corona de flores y el velo que su suegra le había regalado. Pero Mauryeen no vio ninguna de estas cosas, recostada con el rostro contra el piso.

Volvió a la vida al oír su nombre. La voz la había llamado muchas veces antes de que Mauryeen la oyera. Ahora era imperativa, casi severa en su afán.

—Abre, mi *acushla*², abre o derribaré la puerta.

Era la voz de Randal. Ella le respondió mientras avanzaba uno o dos pasos y buscaba su camino a tientas con las manos extendidas; tenía los ojos dilatados y llenos de pavor. Oyó que la puerta se tensaba y crujía, y un hombre afuera que jadeaba y se esforzaba por entrar. Poco después, antes de que Mauryeen pudiera tomar distancia, la puerta cayó y retumbó contra el piso, y su amante entró de un salto a la casa.

Mauryeen colocó sus manos adelante de ella para alejarlo, tambaleándose a ciegas en dirección a la pared. Él se lanzó hacia ella con un murmullo de compasión, justo a tiempo para atraparla cuando perdió la consciencia. Mauryeen yacía débil e indefensa en sus brazos.

El padre Tiernay estaba parado en la ventana contemplando el hermoso y tranquilo mar salpicado con fértiles islas de un verde metálico. Estaba contento de que el pueblo tuviera un día tan bello para practicar sus deportes. Él se les uniría a la tarde para repartir los premios, felicitar a los ganadores y sumar su presencia al goce general. Sin embargo, esa mañana estaba solo, a excepción de su vieja ama de llaves y de Jim, el sacristán, que era demasiado digno como para estar afuera con el resto. Una expresión de perplejidad se dibujó en el rostro del padre cuando notó que alguien escalaba la empinada colina que llevaba a su casa.

2. Forma cariñosa de dirigirse a alguien. «Pulso de mi corazón». [N. de la T.]

—Parece como si el fantasma de Cody estuviese cargando el cuerpo de su esposa —se dijo en voz baja.

La figura o las figuras se acercaban. Finalmente, asimiló lo que veía y dio solo uno o dos pasos hacia la puerta.

—Entren —dijo sin hacer preguntas, como el hombre práctico que era. Y, de hecho, durante unos minutos, el pescador fue incapaz de explicar nada. No fue hasta que el cura puso un poco de brandy entre los labios de la muchacha, y ella comenzó a recobrar el aliento recostada sobre el sofá, que el padre Tiernay llevó a Randal hacia la ventana en saliente y se enteró de lo que había sucedido.

—Es tan orgullosa, mi pequeña —dijo el enamorado con pasión—. No puede vivir con esta vergüenza y por ello necesitamos que Su Reverencia nos ayude. ¿No podría casarnos? Nos ha anunciado tres veces y tengo el anillo en mi bolsillo. Oh, esa malvada mujer calculó bien el momento en el que estábamos en nuestro mayor deleite. ¿No podría hacerlo por nosotros? —preguntó una vez más, intentando convencerlo con un tono encantador.

El padre lo miró reflexivo. Luego, sacó su reloj.

—Sí —dijo—, hay tiempo suficiente y creo que estás en lo cierto, mi niño. Solo quédate afuera mientras hablo con ella, ya que presiento que está volviendo en sí.

—¡Dios lo bendiga Padre! De haber esperado hasta mañana nunca le hubiese puesto el anillo. Sé lo orgullosa que es —murmuró el joven y luego salió obedientemente.

Nadie supo cómo el padre Tiernay persuadió a Mauryeen. Pero un rato después, una novia demasiado pálida se paró en el altar de la iglesia de Columb Island y se casó, con el ama de llaves del padre Tiernay y el sacristán de testigos.

Una vez casados, el padre Tiernay le dijo al novio:

—Llévala a casa por la calle trasera. No encontrarás un alma y yo les diré a las personas cuando me les una lo que se ha hecho. Pero, por sobre todo, recálcale que la historia es una mentira perversa.

Entonces Mauryeen fue con su esposo a su nuevo hogar, la pequeña cabaña en los acantilados. Y a la tarde, cuando el padre Tiernay fue a repar-

tir los premios y divertirse con el pueblo, levantó la mano para que hicieran silencio y se dirigió a ellos.

—Hijos míos —dijo—, he oído que hoy hubo un gran escándalo y que se cometió un terrible pecado ante ustedes. El mal intentó aplastar al inocente, según creo, mediante falsos testimonios. Pero el mal no ha triunfado. Hace algunas horas, declaré a Randal Burke y Mauryeen Daly marido y mujer. Y les advierto, solemnemente, que aquel que preste oído y crea en la historia de la mujer miserable que se deshonró a sí misma para aplastar a su propia sangre inocente compartirá esa culpa antinatural.

Fue así que, luego de un tiempo, Mauryeen volvió sigilosamente a la luz del sol, y se dejó persuadir de que su madre estaba loca. Nadie en la isla volvió a ver a Ellen Daly. Se dijo que había cruzado a la capital en el ferry de la tarde. Nunca regresó, y algunos en la isla que creían que le había vendido el alma al diablo y que este había reclamado el cumplimiento del pacto. Pero Mauryeen es la esposa de un hombre honesto y sin importar lo que las personas conjeturen en lo más íntimo de su corazón sobre la veracidad o falsedad del cuento de su madre, nadie dice nada, porque el padre Tiernay declaró que tal chismorreó es pecado. Los modos de Mauryeen, no obstante, siguen siendo más delicados y dulces que los de todas las otras mujeres de la isla.